

# David Szalay

# TURBULENCIAS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

DAVID SZALAY  
TURBULENCIAS

Traducción de Victoria Alonso Blanco

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Turbulence*

1.ª edición: septiembre de 2021

© 2018 by David Szalay

De la traducción: © Victoria Alonso Blanco, 2021  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-001-0  
Depósito legal: B. 11.085-2021  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

1. LGW — MAD .....	11
2. MAD — DSS .....	23
3. DSS — GRU .....	35
4. GRU — YYZ .....	47
5. YYZ — SEA .....	59
6. SEA — HKG .....	71
7. HKG — SGN .....	83
8. SGN — BKK — DEL .....	95
9. DEL — COK .....	107
10. COK — DOH .....	119
11. DOH — BUD .....	131
12. BUD — LGW .....	145

Cuando volvían a casa, tras salir del hospital, ella le preguntó si quería que se quedara.

—No, me arreglo perfectamente —dijo él.

Por la tarde volvió a preguntárselo.

—Que no, que me arreglo perfectamente —le contestó—. Ya es hora de que vuelvas a tu casa. Voy a mirar qué vuelos hay.

—¿Estás seguro, Jamie?

—Que sí. Voy a mirar qué vuelos hay —repitió Jamie, con el portátil ya abierto.

Ella estaba frente a la ventana, contemplando con aire melancólico la calle. Aquella vista de Notting Hill con sus elegantes casas victorianas y sus arbolitos despojados de hojas había terminado haciéndosele muy familiar. Llevaba más de un mes allí, instalada en el piso de su hijo mientras él iba y venía del hospital. En enero a su hijo le habían diagnosticado cáncer de próstata, de ahí las semanas de radioterapia en el St. Mary's. El médico había dicho que ahora esperarían

un mes y luego le harían unas pruebas para ver si el tratamiento había surtido efecto.

—Hay uno mañana por la tarde, a las cinco y pico —le dijo Jamie—. Con Iberia. Gatwick-Barajas. ¿Te va bien?

A decir verdad, ella había considerado la posibilidad de hacer el viaje en tren y luego tomar el ferry. Pero tenía que dejarse de bobadas, se dijo. Porque sabía que era una bobada aquel miedo suyo a volar. Las estadísticas hablaban por sí solas.

—Sí —respondió—. Me va bien.

Se volvió de nuevo hacia la sala de estar. Jamie estaba sentado de medio lado en el sofá, encorvado tecleando en el portátil. Hacía décadas que vivía en aquel piso, desde que tenía veintidós o veintitrés años, toda su vida adulta. Había algo neurótico en aquella resistencia suya a mudarse, pensó. Ahora era un cincuentón, por extraño que pareciera. Ella seguía considerándolo una persona joven.

—Bueno, solucionado, pues —dijo Jamie, cerrando el portátil, y ella pensó en lo fácil que resultaba, hoy día, hacer esas cosas: comprar un billete de avión, viajar por el mundo.

Jamie insistió en acompañarla al aeropuerto. Tomaron el Gatwick Express, apenas hablaron durante el trayecto y se despidieron al llegar al control de seguridad. Se le saltaban las lágrimas, algo nada habitual en ella.

Un minuto después, mientras esperaba en la serpenteante cola del control, se volvió a mirar, confiando en que él seguiría allí. Al no verlo, tuvo el presentimiento, casi la premonición, de que no resistiría la enfermedad, de que en menos de un año estaría muerto. Cuando llegó el momento de bregar con la voluminosa caja de plástico y quitarse los zapatos, todavía temblaba.

Pasado el control de seguridad, se fue directa hacia uno de los falsos pubs de la sala de embarque con intención de tomarse un *bloody mary*.

Después del segundo *bloody mary*, cuando anunciaron su vuelo, se dirigió a la puerta de embarque. La distancia era considerable. Cuando llegó, ya había bastante gente haciendo cola, a simple vista más de la que cabía en el avión, pensó. A lo mejor necesitaban voluntarios dispuestos a quedarse en tierra. Pero resultó que no. Le había tocado un asiento de ventanilla. A través de ella contempló el reflejo del sol poniente sobre el asfalto gris. El avión empezó a rodar por la pista.

Al poco se detuvo.

Parecía que el avión también hiciera cola; en una secuencia regular, desde algún lugar que ella no alcanzaba a ver, llegaba el rugido sordo de los reactores.

Cuando el consiguiente tedio casi había logrado adormecerla, la voz del piloto tomó cuerpo en la cabina momentáneamente y masculló: «Preparados para el despegue».

Entonces, a pesar del vodka, sintió que el miedo surgía en su interior como el sonido de los motores: en una serie de oleadas claramente definidas; primero un ruido de un tipo, después otro, al tiempo que la fuerza de la aceleración la empujaba contra el asiento y la tierra firme se alejaba por la ventanilla. Nunca acababa de creerse, llegado ese punto del proceso, que el avión fuera a despegar de verdad. Siempre se oía pensando: «Ya debería haberse levantado del suelo, algo ha fallado»; de manera que siempre acababa pillándola por sorpresa, siempre; por lo que fuera, vivía con profundo asombro el momento en que el morro del avión se levantaba, en que el avión se apartaba del suelo o, mejor dicho, en que el suelo descendía bajo sus pies, porque esa era la sensación.

Sussex quedaba ya muy abajo, como un mosaico azulado de campos bajo la luz del atardecer.

Sonó un *ping* en alguna parte.

No supo si interpretarlo como algo tranquilizador, aquel *ping*. Quién sabía lo que indicaba. Aunque parecía sugerir que todo seguía su curso; seguramente no significaba nada.

Miró alrededor, como si le sorprendiera seguir viva, y se fijó por primera vez en su compañero de asiento.

Estaba muy quieto, con las manos entrelazadas sobre las rodillas y la mirada al frente. Quizás también él intentaba controlar el miedo.

En algún momento iba a tener que pedirle que la dejara pasar.



Tan pronto como se apagó la señal de abrocharse los cinturones, se volvió hacia él.

—Disculpe —dijo, elevando el tono para que se la oyera alto y claro; era sorprendente lo mucho que había que levantar la voz para hacerse oír entre aquel ruido.

Previsiblemente, el hombre la miró perplejo por un instante, como si no tuviera idea de lo que trataba de insinuar.

—Disculpe —repitió ella.

Le dio apuro obligarlo a pasar al asiento vacío del pasillo para dejarle paso. Y mientras ella misma repetía el movimiento, se preguntó por qué el hombre no se había instalado en el asiento del pasillo desde el principio ya que no estaba ocupado; habrían estado más cómodos los dos.

Cuando regresó y su compañero volvió a sentarse en el del medio, notó que aquella cerrilidad la sacaba de quicio. Incluso estuvo tentada de sugerirle que se cambiara de asiento, y le vino a la mente la fórmula con que expresarlo: «Quizás estaríamos los dos más cómodos si se sentara ahí». Es lo que habría dicho en circunstancias normales, con una sonrisa invitadora. Dado el caso, sin embargo, le preocupaba que el hombre pudiera inferir de esa sugerencia cierto prejuicio —cierto prejuicio racial— y eso bastó para que se contuviera. No se tenía por una persona racista, pero

como no estaba del todo segura, esa clase de situaciones la incomodaban. Se planteó entablar conversación con él. No parecía inglés. Por lo poco que había oído de sus labios, mientras se hacían sitio el uno al otro en el pasillo, le parecía haber detectado que tenía acento francés.

Aunque, a decir verdad, también él parecía ensimismado, absorto en quién sabe qué pensamientos.

Con un leve tintineo, como levísimos rasguños sobre el estruendo subyacente, un carrito se acercaba por el pasillo.

Removió el *bloody mary* de la aerolínea con un palito de plástico. Los motores ronroneaban en oleadas rítmicas y lentas, y empezaba a acusar el efecto del vodka. El compacto entramado del mundo parecía deshilacharse. De pronto su mente primaba sobre ella y era como si sus pensamientos se materializaran. La muerte de su hijo, por ejemplo, se le presentó en una serie de imágenes tan vívidas que se le saltaron las lágrimas. Se volvió hacia la ventanilla y solo encontró su propio rostro reflejado en el plástico ahora ya oscuro, tan lleno de sombras como un paisaje al atardecer. Se vio vaciando el piso de su hijo, después de que falleciera; bajando todas las cosas de las estanterías, todos los cachivaches a los que él se había aferrado tan tenazmente durante tantos años. Fue en ese instante cuando el avión experimentó la primera sacudi-

da. Lo peor para ella, aun tratándose de turbulencias leves, era el modo en que daban al traste con la ilusión de seguridad y le hacían imposible fingir que se hallaba a salvo. Gracias al vodka, logró que aquella primera sacudida no la afectara demasiado. La siguiente fue más difícil de obviar, y la que vino a continuación, tan violenta que su vecino de asiento se derramó la Coca-Cola encima.

Entonces se oyó la voz del piloto, manifestándose de nuevo en la cabina, para anunciar con una seriedad aterradora: «Tripulación de cabina, ocupen sus asientos».

En la momentánea e irreal quietud que sucedió a las turbulencias, abrió los ojos y cruzó una mirada con su compañero de asiento. Él también estaba sobreco-gido. Una vez pasado el trance, se había ocupado de limpiar la Coca-Cola derramada sobre los pantalones del traje. Le ofreció unos pañuelos de papel, que el hombre aceptó dándole las gracias, y luego charlaron un poco sobre los motivos que les habían llevado a tomar aquel vuelo en particular. Él contó que había estado en Londres por trabajo. Ella le preguntó a qué se dedicaba. Se sentía algo indispueta. La conmoción posterior al miedo estaba dando paso a algo peor, a una especie de mareo. Tenía la desagradable sensación de que todo se movía a su alrededor y, por la expresión en la mirada de su compañero de asiento, supu-

so que tenía muy mal aspecto. Le entraron náuseas. El hombre le estaba preguntando algo, pero no lo oía bien. Él se lo repitió varias veces hasta que, al final, se levantó y se fue.

Cuando la madre de Jamie abrió los ojos de nuevo, tenía la cabeza apoyada sobre el asiento de su compañero y la vista levantada hacia una mujer morena. La mujer le hacía preguntas en inglés con fuerte acento español.

—¿Es usted diabética? —le preguntó entre otras cosas, y ella acertó a asentir con la cabeza al oírla. Luego la mujer aclaró—: Soy médica. Estoy aquí para ayudarla.

—Gracias —le dijo, aunque no estaba segura de que su voz emitiera sonido alguno, y eso fue lo último de lo que tuvo conciencia hasta que se vio vomitando en el suelo del avión. Había mucho ruido y pensó, con la cabeza colgando a ras de la moqueta, que el avión ya debía de estar estrellándose. Luego cayó en la cuenta de que estaban aterrizando.

Iban en una ambulancia, la médica española y ella. Los enfermeros le habían inyectado algo y se sentía un poco más fuerte. Les había pedido que la llevaran a casa, en lugar de al hospital, pero al parecer no se podía. Mientras la ambulancia recorría las calles con la sirena encendida y ellas dentro sentadas, le habló a la doctora de las turbulencias, olvidando tal vez que ella iba en el mismo vuelo.

—Nunca había pasado tanto miedo —le dijo—. He cerrado los ojos y me he dicho: «Hazte a la idea de que estás a punto de morir». Estaba convencidísima de que me iba a morir. Y mientras estaba ahí sentada con los ojos cerrados, pensaba: «Si voy a morir, deja que Jamie viva, por favor. Que él viva, por favor. Déjalo vivir, te lo ruego por favor». —Calló un momento, y luego añadió—: Yo no suelo reaccionar así. No sé a quién pensaba que me dirigía.

—¿A Dios, a lo mejor? —sugirió la doctora con una sonrisa.

—Es que yo no creo en Dios. Por eso lo decía precisamente. —Consciente de que aquel derroche de franqueza y locuacidad no era habitual en ella, y preguntándose vagamente qué le habrían inyectado en la ambulancia, agregó—: Lo raro es que ahora tengo un buen presentimiento. Con lo deprimida que estaba con toda la historia, ahora presiento que todo saldrá bien, que Jamie se pondrá bien.

La doctora sonrió de nuevo. La ambulancia se había detenido.

—Ya hemos llegado —dijo.